

Jeroglíficos egipcios: el lenguaje de los dioses

Ana María Trigo Alonso



Revista Digital de ACTA

2020

Publicación patrocinada por



ACTA representa en CEDRO los intereses de los autores científico-técnicos y académicos. Ser socio de ACTA es gratuito.

Solicite su adhesión en acta@acta.es

Jeroglíficos egipcios: el lenguaje de los dioses

© 2020, Ana María Trigo Alonso

© 2020, 

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Se autorizan los enlaces a este artículo.

ACTA no se hace responsable de las opiniones personales reflejadas en este artículo.

INTRODUCCIÓN



Imagen: Nefertari e Isis. Tumba de Nefertari. Valle de las Reinas. Imperio Nuevo. Dinastía XIX.

Es la tumba más hermosa de todas: la KV66 localizada en el Valle de las Reinas. Fue construida por Ramsés II, uno de los faraones más poderosos de la historia de Egipto, para albergar el cuerpo y el alma (ba) de su esposa preferida, Nefertari. Construida en dos alturas, está bellamente decorada con pinturas y textos en jeroglíficos.

Todas las escenas son un canto a la armonía, al amor, a la perfección. El talento de los artistas que realizaron las pinturas impresiona incluso al más severo crítico de nuestros días. Los colores son vibrantes, llenos de fuerza y de vida, los trazos son seguros, firmes, realizados para exaltar la majestuosidad de las imágenes. Junto a la difunta Nefertari aparecen representados los dioses más importantes del panteón egipcio. En un desfile destinado a perpetuarse por toda la eternidad, parecen a punto de abandonar los muros si es preciso para proteger a la reina que guardan.

Porque Nefertari no era una reina cualquiera, era "aquella por la que brilla el sol" y tras su muerte Ramsés II, cayó un profundo dolor. Sobre sus paredes se encuentra una poesía dedicada a la reina por Ramsés: *Mi amor es único, no puede tener rival; ella es la mujer más bella que ha vivido. Cuando pasa roba mi corazón y se lo lleva.*

Y, ¿cómo sabemos todo esto? De la misma forma que conocemos a día de hoy gran parte de la cultura de antiguo Egipto o Kemet, que era como los egipcios llamaban a su tierra: gracias al complicado sistema de escritura que decoraba templos, tumbas y sarcófagos, los jeroglíficos. Durante miles de años, desde que se escribieron los últimos jeroglíficos, en el siglo IV de nuestra era hasta el siglo XIX, no fuimos capaces de entender qué decían. Los textos no eran más que imágenes más o menos bellas, extrañas y fascinantes, pero carentes de significado.

Fue necesario que pasaran siglos de historia hasta que, de forma casual en el lugar más inesperado, surgió la clave que permitió desvelar el significado de los jeroglíficos y comprender el mensaje que querían transmitir a través del tiempo. Esta es la historia de cómo surge y se desarrolla esta escritura, pero también la de los hombres que trabajaron hasta que lograron desvelar sus secretos.

ORIGEN Y EVOLUCIÓN

La palabra "jeroglífico" proviene de las raíces griegas *ιερός* (hierós): "sagrado" y *γλύφειν* (glýfein): "grabar". La expresión egipcia para jeroglífico se translitera *mdw nṯr*, transcrita como *medu necher*, que significa "palabras del dios".

Desde el Imperio Antiguo, el sistema de escritura jeroglífica egipcia alternaba logogramas, signos consonánticos (que podían ser simples, dobles, triples o de cuatro o más consonantes) y determinantes (signos "mudos" que indicaban a qué tipo de concepto pertenece una palabra). A partir de la dinastía XVIII, se añaden signos consonánticos dobles silábicos (*s₃*, *b₃*, *k₃* etc.) para transcribir los nombres de origen semita, pero este tipo de escritura es muy restringido.

Los símbolos también eran figurativos, es decir, representaban algo tangible, fácil de reconocer, incluso para alguien iletrado que no conociese el significado del mismo. Sin duda, para la creación de su escritura los egipcios se inspiraron en su entorno. De esta forma, encontramos objetos de la vida cotidiana, animales, plantas, partes del cuerpo, etc.

Actualmente se considera que durante el Imperio Antiguo, Imperio Medio e Imperio Nuevo existían aproximadamente 700 símbolos jeroglíficos. En época greco-latina, su número aumentó a más de 6.000.

EL LEGADO SAGRADO DEL DIOS TOT

Los antiguos egipcios pensaban que la escritura había sido creada por Tot, el dios de la sabiduría, la música, las artes y las ciencias.

El nombre egipcio de Tot era Dyehuti ("El de Dyehut"), en referencia al 15ª nomo del Bajo Egipto, siendo Tot el nombre que le otorgaron posteriormente los griegos. Tot era una de las deidades más importantes del panteón egipcio y tenía autoridad sobre todos los demás dioses. Como inventor de la escritura era el protector de los escribas y se consideraba que también había creado las palabras y el lenguaje articulado.

Fue, además, el inventor del calendario, algo absolutamente fundamental en la cultura egipcia, cuya civilización giraba en torno a la crecida del Nilo y por lo tanto dependía de una eficaz medición del tiempo.

Entre los dioses, Tot era el gran escriba sagrado y como tal tenía la función de documentar los hechos que tenían lugar en la "Sala de las dos verdades" durante el "pesaje del corazón o juicio de

Osiris” que se describe en el capítulo 125 del Libro de los Muertos. En este juicio o prueba final el dios Anubis coloca el *ib* o corazón del fallecido en un lado de la balanza. En el otro lado se coloca la pluma que personifica a la diosa Maat, deidad de la verdad, la justicia y la armonía universal. Si el corazón pesa más que la pluma de Maat, se considerará impuro y se entregará a Ammyt, diosa con cabeza de cocodrilo, patas delanteras de león y posteriores de hipopótamo, para que lo devore. Si, por el contrario, los méritos del difunto se equilibran con sus faltas, su destino será servir al dios Sokar en el mundo subterráneo. Si el corazón es más ligero que la pluma de Maat, y por lo tanto, puro, el fallecido es proclamado *maa-kheru* ("justo de voz"), y puede acceder a Aaru, el reino de Osiris. En todo este proceso, Tot, tiene la importante función de anotar el resultado para los registros sagrados de la eternidad.

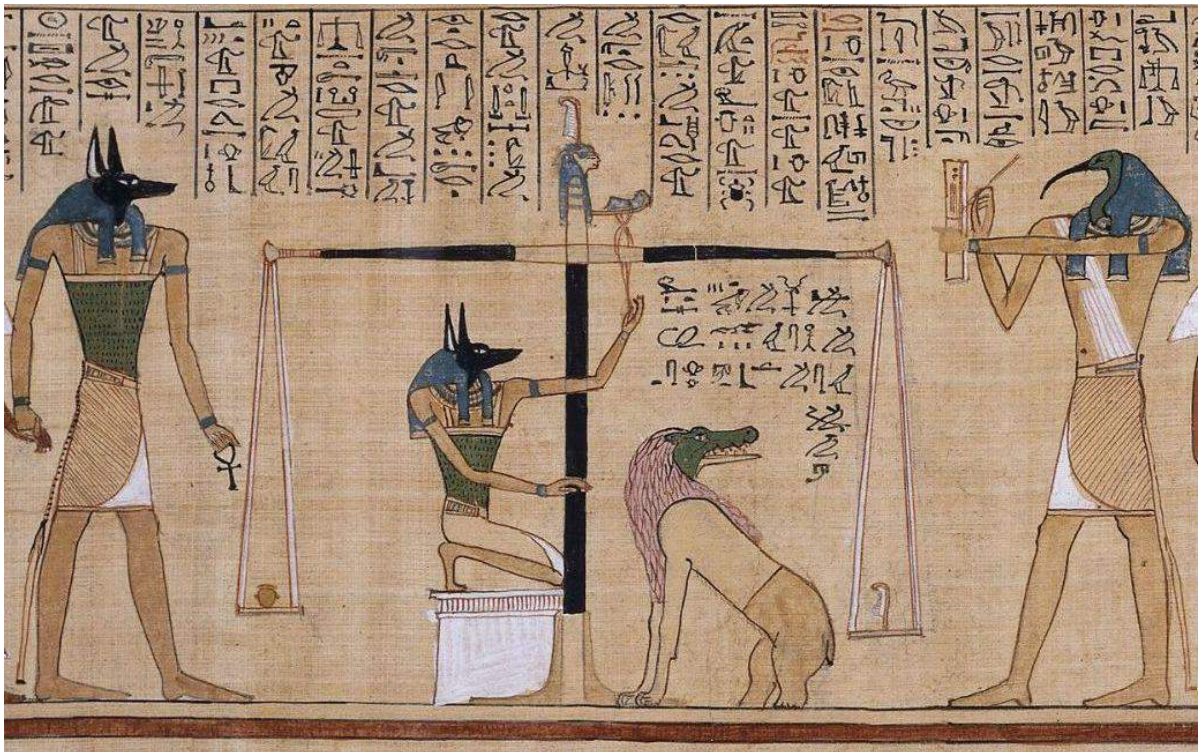


Imagen: El Juicio de Osiris representado en el Papiro de Hunefer (ca. 1275 a. C.). Anubis, con cabeza de chacal, pesa el corazón del escriba Hunefer contra la pluma de la verdad en la balanza de Maat. Tot, con cabeza de ibis (derecha), anota el resultado con sus útiles de escritura. British Museum.

Tot también se consideró el arquitecto sagrado que conocía el funcionamiento y el trazado de todas las cosas. Pero, también, y muy especialmente, Tot era el dios de los hechizos, los conjuros y la magia.

Esta vinculación de Tot, el dios creador de la escritura, con la magia es especialmente relevante para entender el concepto que tenían los antiguos egipcios de las inscripciones en jeroglífico. En efecto, este sistema se reservó para usos en que la estética y el valor mágico de las palabras y su significado eran relevantes. En jeroglífico se escribían las ofrendas rituales, las inscripciones oficiales, los textos funerarios que decoraban tumbas y sarcófagos... en definitiva, todas aquellas palabras destinadas a conservarse durante toda la eternidad.

ORÍGENES Y CRONOLOGÍA

Actualmente pensamos que la escritura jeroglífica se comenzó a utilizar en algún momento en torno al 3300 a. C. y perduró durante más de 3.600 años. La última inscripción de la que tenemos constancia data del 24 de agosto de 394 d.C. Se trata de la conocida como "Inscripción de Esmet-Akhom", también llamada "Philae 436" y se encuentra en el muro de la Puerta de Adriano, junto al Templo de Isis en File, al sur de Egipto.



Imagen: "Philae 436". Última inscripción en jeroglífico. 394 d.C.

Se encuentra toscamente tallada y en ella podemos leer: "Ante Mandulis, hijo de Horus, por la mano de Esmet-Akhom, hijo de Esmet, segundo profeta de Isis, sempiterno. Palabras pronunciadas para Mandulis, señor del abatón, gran dios."

El éxito del cristianismo en Egipto y la prohibición de Teodosio de rendir culto a los dioses paganos supuso el fin de una religión que había pervivido durante miles de años y también el fin de un sistema de escritura asociado a ella. Pero los jeroglíficos habían comenzado a desaparecer poco a poco siglos atrás. La inscripción "Philae 436" se realiza con trazo tosco, casi improvisado y casi parece el intento desesperado de Nesmetajon, el escriba que se identifica como autor del texto, de aferrarse a un mundo que hace años que ha comenzado a desvanecerse a su alrededor.

Durante muchos años se consideró que la muestra más antigua de escritura jeroglífica egipcia era la Paleta de Narmer, encontrada durante unas excavaciones en Hierakonpolis (la moderna Kawm al-Ahmar) en la década de 1890, datada hacia el 3200 a. C.

Sin embargo, en 1997 el equipo del Instituto de Arqueología Alemán, dirigido por Günther Dreyer encontró los vestigios más antiguos encontrados hasta entonces. Se trataba de un conjunto de 300 vasijas y tablillas de arcilla, encontradas en el enterramiento del soberano predinástico Horus Escorpión I, en Umm el-Qaab, Abidos. Fueron datadas mediante carbono-14 entre el 3400 y el 3200 a. C. Estas inscripciones son ya caracteres jeroglíficos, gravados o dibujados con tinta, constituyendo todo un sistema escritura compuesto de signos fonéticos, que detallan los impuestos pagados en especie al rey.



Imagen: Paleta de Narmer. Museo Egipcio de El Cairo. Hasta 1998 se pensó que contenía los jeroglíficos más antiguos.

En 2017, una expedición conjunta de la Universidad de Yale y los Museos Reales de Arte e Historia de Bruselas descubrió los jeroglíficos monumentales más antiguos que han aparecido hasta hoy. Datan de hace 5.200 años y se encuentran en el desierto de El Kab, nombre actual de la antigua ciudad egipcia de Nejab (la griega Iliitiáspolis), cerca de una vía de comunicación con la ciudad de Hierakonpolis .



Imagen: Arqueólogo ante las inscripciones de El-Khawy, en la actual El Kab. Imagen vía Universidad de Yale.

Jeroglíficos egipcios: el lenguaje de los dioses

Desde su aparición en Naqada IIIA o El Kab hasta los últimos sus últimos reductos en un templo de Isis en File, los jeroglíficos se desarrollaron en período de casi cuatro mil años de historia.

Durante todo este tiempo fueron vitales para el cumplimiento de las normas reales y se utilizaron por faraones y sacerdotes para dejar un registro de todos los logros obtenidos durante los diferentes reinados. También los ciudadanos hicieron uso de ellos. Los textos en jeroglíficos decoraban sus tumbas, sarcófagos, ofrendas y amuletos. Muchos se hicieron copiar papiros con el texto del Libro de los Muertos con la esperanza de que sus fórmulas les ayudaran a transitar el difícil viaje del inframundo y salir airosos en su juicio ante Osiris.



Imagen: Detalle de la tapa del ataúd exterior de Nesyamun, que vivió en Tebas hace más de 3.000 años. La tapa presenta textos jeroglíficos del Libro de los Muertos, con fórmulas rituales para ayudarlo en el viaje a la otra vida. Museos de Leeds.

Con el transcurso de los siglos los jeroglíficos fueron evolucionando, pero los principios básicos en que se basaba el sistema de escritura permaneció inalterable.

Cuando Egipto cayó bajo el dominio griego y romano, los jeroglíficos comenzaron su lento pero inexorable declive. Cuando los últimos sacerdotes de File murieron, se llevaron con ellos el secreto de su conocimiento. Solo cien años después, ya nadie era capaz de identificar los jeroglíficos ni de descifrar su significado. Aquel mensaje de milenios se perdió en unas pocas décadas.

OTROS LENGUAJES DE ESCRITURA: HIERÁTICO, DEMÓTICO Y COPTO

El jeroglífico no fue el único sistema de escritura que utilizaron los egipcios. Debido a su naturaleza y su complejidad se reservó, como hemos visto, para determinados usos y circunstancias.

Hacia el año 2700 a. C., la escritura hierática ('sacerdotal' en griego) comenzó a usarse como una forma de escritura más sencilla y fácil de usar. Más rápida para escribir y mucho más funcional, llegó a ser ampliamente utilizada de incluso para las inscripciones monumentales. La escritura egipcia se mantuvo durante unos dos milenios. En el siglo VII a.C. aparece la escritura demótica. Desarrollada a partir de la hierática, se caracterizaba por ser un sistema más sencillo y fácil de interpretar, por lo que se extendió rápidamente por todo Egipto. Se utilizó sobre todo con fines administrativos, para la creación de textos literarios, tratados científicos, documentos legales y contratos comerciales. De hecho, marcó una nueva etapa en el lenguaje del saber, porque era una especie de dialecto con su propia gramática. Durante el período grecorromano la escritura demótica se convirtió en la escritura de uso cotidiano, mientras que el hierático mayor se reservó casi exclusivamente para los escritos sagrados. En la época ptolemaica, el griego se irá imponiendo progresivamente como lengua administrativa. De hecho, del año 146 a. C. en adelante, los contratos escritos exclusivamente en demótico perderán todo valor legal.

Finalmente, el copto se compone a partir del alfabeto griego y de siete signos de escritura demótica para fonemas que no existen en la lengua griega. Se utilizó durante la época cristiana en Egipto desde el 395 d. C hasta el 641 d. C. Fue reemplazado por el demótico que, a su vez, se compone de una serie de dialectos de los cuales, al menos seis, tenían el estatus de lengua escrita. Pasó de moda en torno al siglo XIV cuando los árabes conquistaron Egipto y el árabe se convirtió en el idioma predominante. Aún se utiliza en la actualidad, pero únicamente con fines litúrgicos de la Iglesia Ortodoxa Copta. Aunque es imposible cómo se pronunciaba el griego antiguo en ninguna de sus etapas, existen estudios lingüísticos que formulan interesantes hipótesis de reconstrucción a partir del copto.

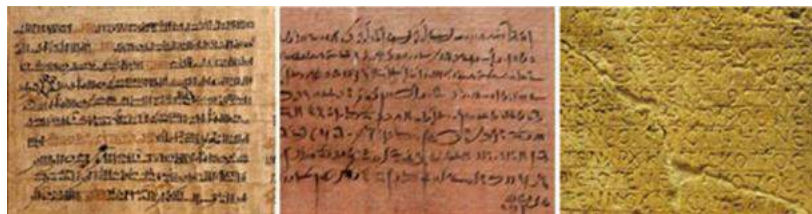


Imagen: De izquierda a derecha, texto en hierático, demótico y copto.

LOS ESCRIBAS

En el antiguo Egipto el oficio de escriba era uno de los más codiciados y respetados. En un primer momento los escribas se seleccionaban entre los familiares del fararón y sus más allegados. Pronto, la amplia burocracia sobre la que se asentaba la administración de un territorio tan vasto y complejo requirió de un amplio cuerpo de profesionales excelentemente formados.

Recibían una intensa formación en la "casa de vida", una especie de escuela que dependía de un templo. Los escribas aprendices estudiaban normalmente desde los cinco años a los diecisiete años y sus materias incluían la escritura jeroglífica y hierática, gramática y textos clásicos. También tenían que aprender leyes, idiomas, historia, geografía y contabilidad.

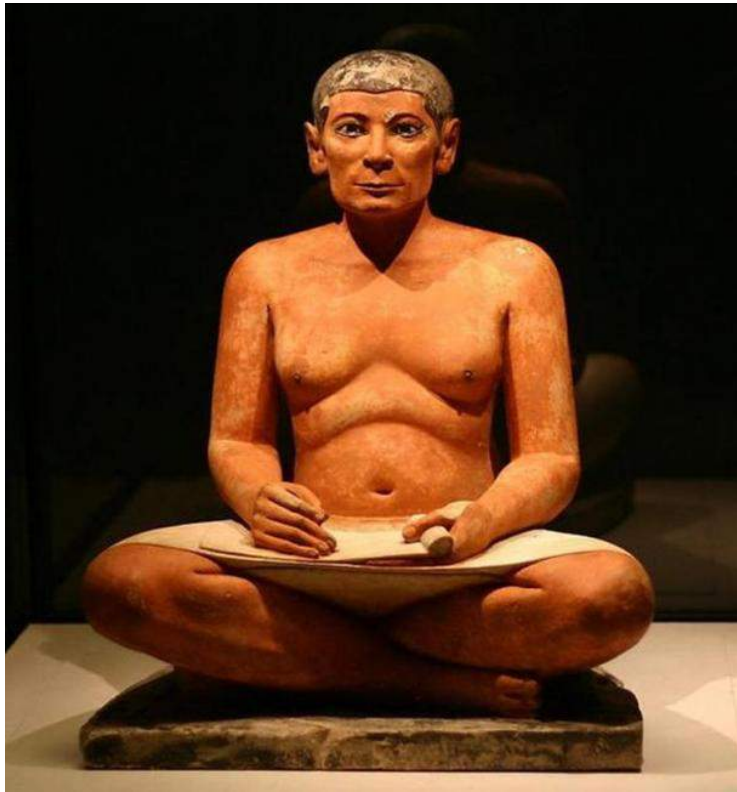


Imagen: Escriba sentado. Imperio Antiguo. Museo del Louvre.

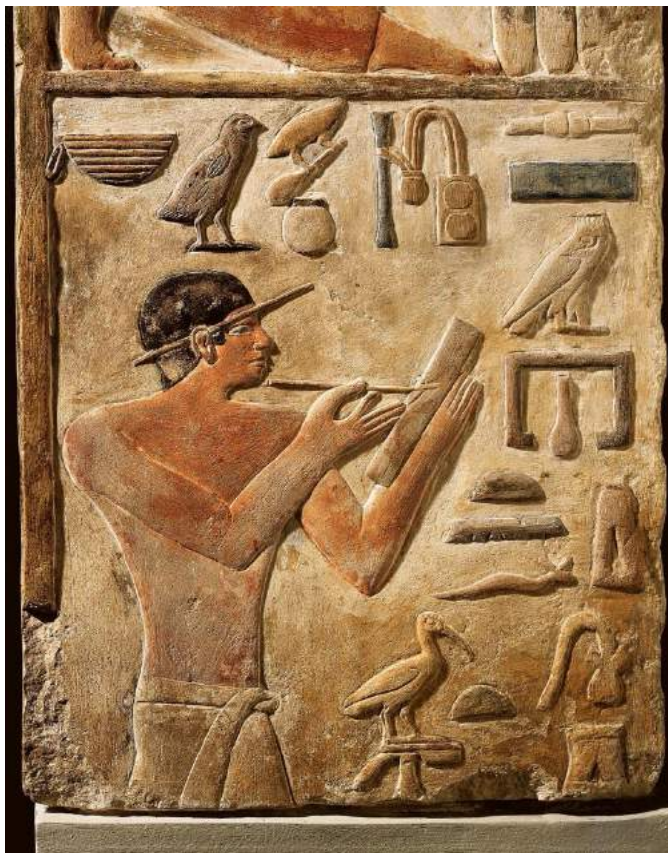


Imagen: El jefe de escribas Mery, representado con sus utensilios de escritura. Museo del Louvre.

Su sencillo atuendo, un simple faldellín de algodón o cuero, contrastaba con la responsabilidad y estatus que el escriba tenía dentro de la sociedad egipcia. Contables, administradores, literatos o escribanos públicos, estos profesionales estaban presentes en numerosas facetas de la vida cotidiana en Egipto. Trabajaban en todos los departamentos de la administración, llegando incluso a ser escribas reales, controlando la administración central.

No es infrecuente encontrar al faraón representado como escriba, con su sencillo faldellín, sentado con las piernas cruzadas y los instrumentos de escritura sobre su regazo. Aunque los historiadores piensan que pocos fueron los faraones que aprendieron a leer y escribir, en este modelo iconográfico se pretendía representar al monarca equiparándolo al dios Tot.

Se trataba, pues de una profesión próspera y bien considerada y hasta nosotros han llegado bellas tumbas encargadas por escribas que habían logrado reunir una considerable fortuna, así como numerosas representaciones, más o menos realistas de sus propietarios.

DESCIFRANDO EL LENGUAJE SAGRADO

Cuando Egipto cayó bajo el dominio griego y romano, los jeroglíficos comenzaron a desaparecer lentamente. Poco a poco, fueron siendo relegados en favor de la escritura copta y del propio alfabeto griego, mucho más fácil, rápido y funcional que el complicado sistema jeroglífico.

A partir de la prohibición del culto a los dioses paganos, su desaparición se hace prácticamente inevitable, aunque su declive había comenzado siglos atrás.

Como hemos visto, las últimas inscripciones jeroglíficas datan de finales del siglo IV, cuando solo unos pocos sacerdotes aislados en Fíles continuaban adorando a sus antiguos dioses y utilizando la escritura sagrada. Cuando ellos también desaparecieron se llevaron consigo los secretos de la "lengua de los dioses" y los millones de jeroglíficos que cubrían templos, tumbas y palacios pasaron a ser reliquias del pasado, mensajes de otro tiempo cuyo significado ya nadie era capaz de desentrañar.

Sin embargo, los primeros intentos de descifrar los jeroglíficos no tardaron en llegar.

Sin embargo, al realizar una "due diligence" se cubren todas las etapas que se muestran en la **iError! No se encuentra el origen de la referencia.**, desde el capital inicial de los propios inversores, "business angels" y capital semilla ("seed capital", en inglés) hasta las últimas inversiones de capital riesgo (VC).

PRIMEROS INTENTOS: "HIEROGLYPHICA" DE HORAPOLO

El primer intento sistematizado de desentrañar los misterios de los hieroglíficos vino de mano de un misterioso autor: Horapolo.

La figura de Horapolo se confunde con el mito. No sabemos mucho de él aunque se piensa que pudo ser un sacerdote de los antiguos dioses en el siglo V de nuestra era, en un tiempo en el que religión egipcia, considerada pagana por los cristianos, había sido proscrita. Lo que sí podemos aventurar con bastante certeza es que el autor de "Hieroglyphica" fue muy probablemente un egipcio del sur del país y que escribió su obra en copto. Desafortunadamente, la versión que ha llegado hasta nuestros días es una traducción al griego realizada por un tal "Filipo" que probablemente añadió texto de su propia autoría.

La obra "Hieroglyphica" se compone de dos libros que contienen en total 189 explicaciones de los jeroglíficos egipcios. El primer libro comprende la explicación de 70 jeroglíficos mientras que el segundo describe 119. Horapolo prescinde de todos los aspectos gramaticales de la escritura jeroglífica y se concentra en jeroglíficos particulares a los que atribuye un significado simbólico.

El texto fue descubierto en 1419 en la isla de Andros y llevado a Florencia por Cristoforo Buondelmonti. Actualmente se conserva en la Biblioteca Laurenciana (catálogo como Plut. 69,27). A finales del siglo XV el texto se hizo inmensamente popular entre los humanistas, con una primera edición impresa del texto que apareció en 1505, salida del taller del gran impresor veneciano Aldo Manuzio. Comienza así una larga serie de ediciones y traducciones que se prolonga hasta nuestros días. Desde el siglo XVIII, la autenticidad del libro ha sido puesta en duda.



Imagen: Ejemplar del "Hieroglyphica" que se conserva en la Biblioteca Nacional de España.

Resulta especialmente interesante el primer libro que demuestra la base de un conocimiento real acerca de los jeroglíficos, aunque es confuso y algunas explicaciones pueden parecer peregrinas a día de hoy. Por ejemplo, Horapolo afirma que el símbolo "liebre" significa "apertura", lo que es correcto. Horapolo afirmaba que el motivo tras esta asociación era que la liebre es un animal que siempre tiene los ojos abiertos, afirmación que no parece muy acertada y habla más bien de la ingeniosa imaginación del autor. La traducción, en cambio, era acertada. El símbolo de liebre se pronunciaba "wn", y se utilizó como símbolo del verbo «abrir», que se pronunciaba igual.

La segunda parte del Libro II trata el simbolismo de los animales y sus alegorías, que son esencialmente derivadas de Aristóteles, Eliano, Plinio el Viejo y Artemidoro. Se piensa que se trata de una adición realizada por el traductor griego, tomando como referencia el *Physiologus*, obra actualmente datada en el siglo IV d. C. y con origen en Alejandría.

A PARTIR DEL RENACIMIENTO

Horapolo y su "Hieroglyphica" cayeron en el olvido durante casi mil años. Sin embargo, tras ser descubierto en Andros por Bondelmonti y llevado a Florencia, el texto gozó de un gran éxito inmediato.

A lo largo de los siglos XVI y XVII se difundió en numerosas ediciones en todas las lenguas de Europa. Este éxito se debe al gran interés que surgió, en la Europa renacentista por las culturas de la Antigüedad, incluida la del misterioso Egipto.

Los humanistas del Renacimiento pensaban que los antiguos signos egipcios podían guardar secretos remotos relacionados con la alquimia y otros saberes ocultos. Marsilio Ficino, el gran humanista fundador de la escuela neoplatónica de Florencia, escribió al respecto: «Los sacerdotes egipcios, al querer traducir los misterios divinos, no utilizaban los pequeños signos del alfabeto, sino figuras completas de hierbas, de árboles, de animales; ya que Dios no posee el conocimiento de las cosas como un discurso múltiple que a ellas se refiera, sino como su forma simple y estable».

Durante el siglo XVI continuó la tradición de relacionar los jeroglíficos con símbolos que tan bien encajaba con las ideas humanistas expuestas más arriba. Y así es como en el siglo XVII nos encontramos con otro autor relevante en nuestra búsqueda: Athanasius Kircher. Kircher fue un jesuita alemán que continuó con la línea humanista. Publicó varios libros sobre el mundo egipcio, dos de ellos de especial relevancia: "Prodromus Coptus sive Aegyptiacus" (1636) y "Lingua Aegyptica Restituta" (1643). Destacado políglota y hombre de ciencias, Kircher estudió en profundidad la lengua copta y aplicó estos conocimientos a la traducción de jeroglíficos. Llegó a estar convencido de que había dado con la clave del éxito y ser capaz de descifrar todos los jeroglíficos. Hoy sabemos, sin embargo, que sus traducciones eran más fantasiosas que científicas.



Imagen: Padre Athanasius Kircher. Tan convencido estaba de haber descifrado la escritura jeroglífica que el propietario del Manuscrito Voynich recurrió a él para que lo interpretara.

Los intentos de descifrado durante el siglo XVIII fueron más sistematizados y se caracterizaron por una aproximación más científica, aunque continuaron siendo igualmente infructuosos. Habría que esperar a comienzos del siglo XIX para que comenzaran a darse las circunstancias óptimas para que se produjeran los primeros avances. Y estos vendrían de la mano de la figura más inesperada: Napoleón Bonaparte.

NAPOLEÓN EN EGIPTO: EL DESCUBRIMIENTO DE LA PIEDRA ROSETTA

Con el objetivo de liberar Egipto de los turcos, el joven general Bonaparte, con tan solo 28 años, tras haber triunfado en Italia, desembarca en el país del Nilo en el verano de 1798. Le acompañan más de treinta mil soldados franceses con la finalidad de avanzar hacia Siria. Sin embargo, Napoleón perseguía mucho más que meros objetivos militares. Con él viajaron un grupo de investigadores de primer nivel de distintas disciplinas (matemáticos, físicos, químicos, biólogos, ingenieros, arqueólogos, geógrafos, historiadores...), en total más de cien científicos de los distintos campos del saber que estudiarían en profundidad desde una perspectiva multidisciplinar aquel país envuelto en las brumas del misterio y el mito. Entre ellos se encontraban los matemáticos Gaspard Monge, fundador de la Escuela Politécnica; el físico Étienne-Louis Malus; y el químico Claude Louis Berthollet. Tal era la fascinación que debía irradiar aquel prometedor general que todos ellos habían acudido a su llamada a pesar de que no conocían el destino del viaje hasta que dejaron atrás la costa de Malta. Napoleón les había advertido: «No puedo decirles adónde vamos, pero sí que es un lugar para conquistar gloria y saber». ¿Y quién puede resistirse a una propuesta semejante?

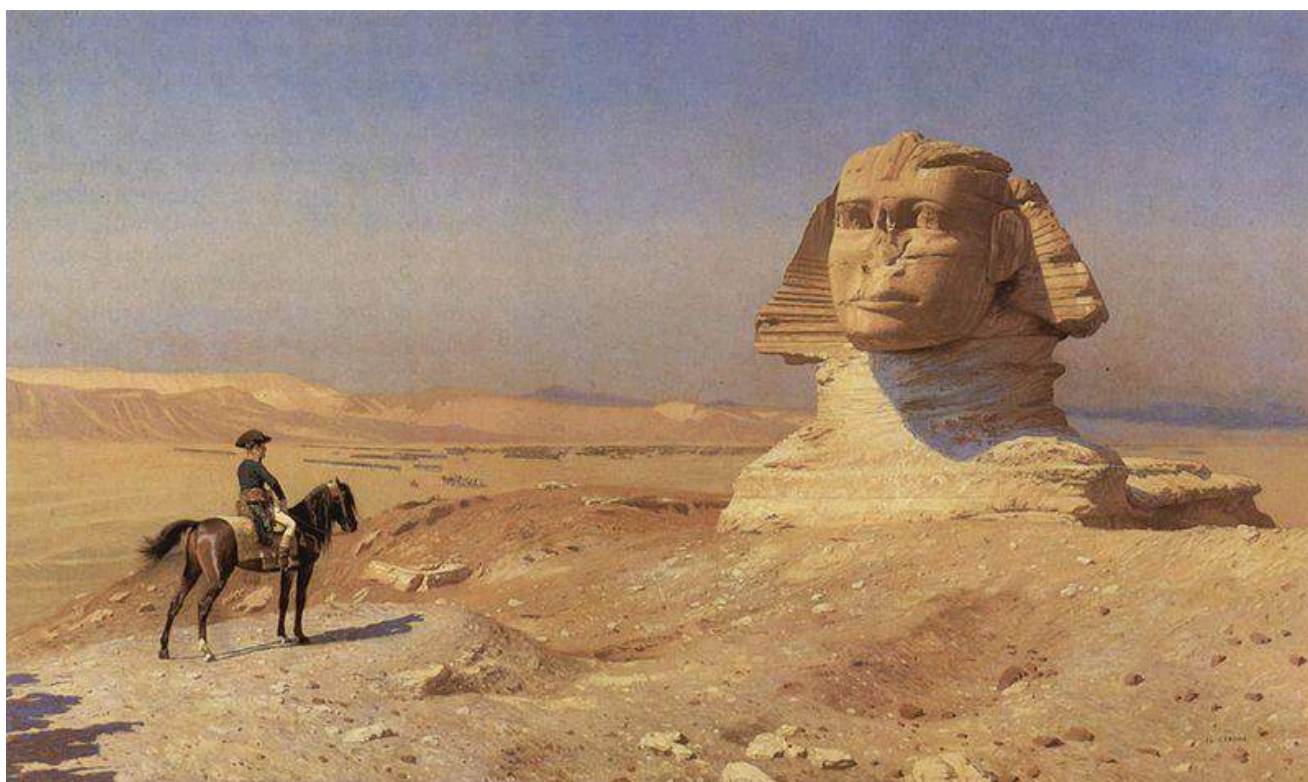


Imagen: "Napoleón ante la Esfinge". Jean-Léon Jérôme.

Gracias a aquella expedición, a caballo entre lo militar y lo científico, Europa redescubrió las maravillas del antiguo Egipto y cayó, una vez más rendida a sus pies. Aunque quizás el mayor logro de la expedición de Napoleón en Egipto sea el haber dado con la llave que abriría las puertas al conocimiento de un mundo fascinante. Fue una calurosa mañana del 15 de julio de 1799.

Mientras un soldado cavaba una trinchera en torno a la fortaleza medieval de Rachid (un enclave portuario egipcio en el mar Mediterráneo en el norte de Egipto), halló por casualidad un bloque de piedra granítica de color negro de unos 760 kilos. En la cara pulimentada de la piedra, que era un fragmento de una antigua estela egipcia, aparecían tres tipos de escritura: la parte superior, compuesta por 14 líneas, estaba formada por jeroglíficos egipcios; las 32 líneas de la parte central estaban escritas en demótico y la parte inferior la formaban 54 líneas en griego.

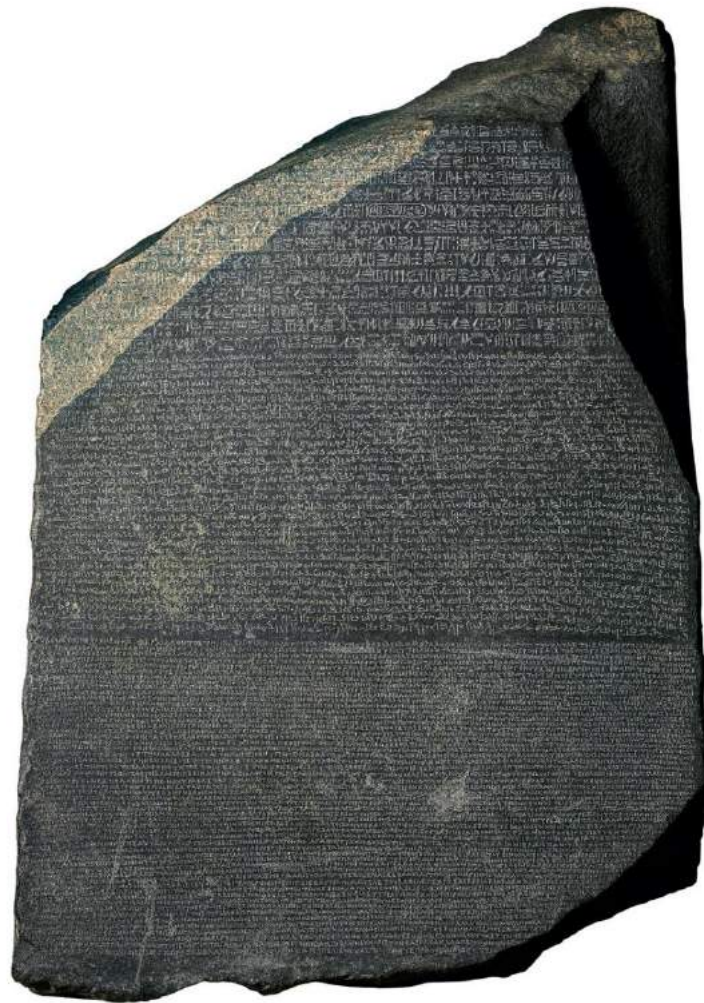


Imagen: "Piedra Rosetta". Actualmente en el Museo Británico.

Pierre-François Bouchard (1771-1822), oficial al mando del destacamento que había encontrado el bloque lo llevó al Instituto de Egipto en El Cairo, que se había fundado solo un año atrás. Allí los expertos que lo analizaron se dieron cuenta de que se trataba de un mismo mensaje escrito en tres lenguas diferentes. El mensaje era un sencillo decreto sacerdotal en honor a Ptolomeo V, datado en el 196 a.C. Pero aquel texto, tan protocolario como anodino, contenía la clave para proceder al descifrado del lenguaje de los dioses.

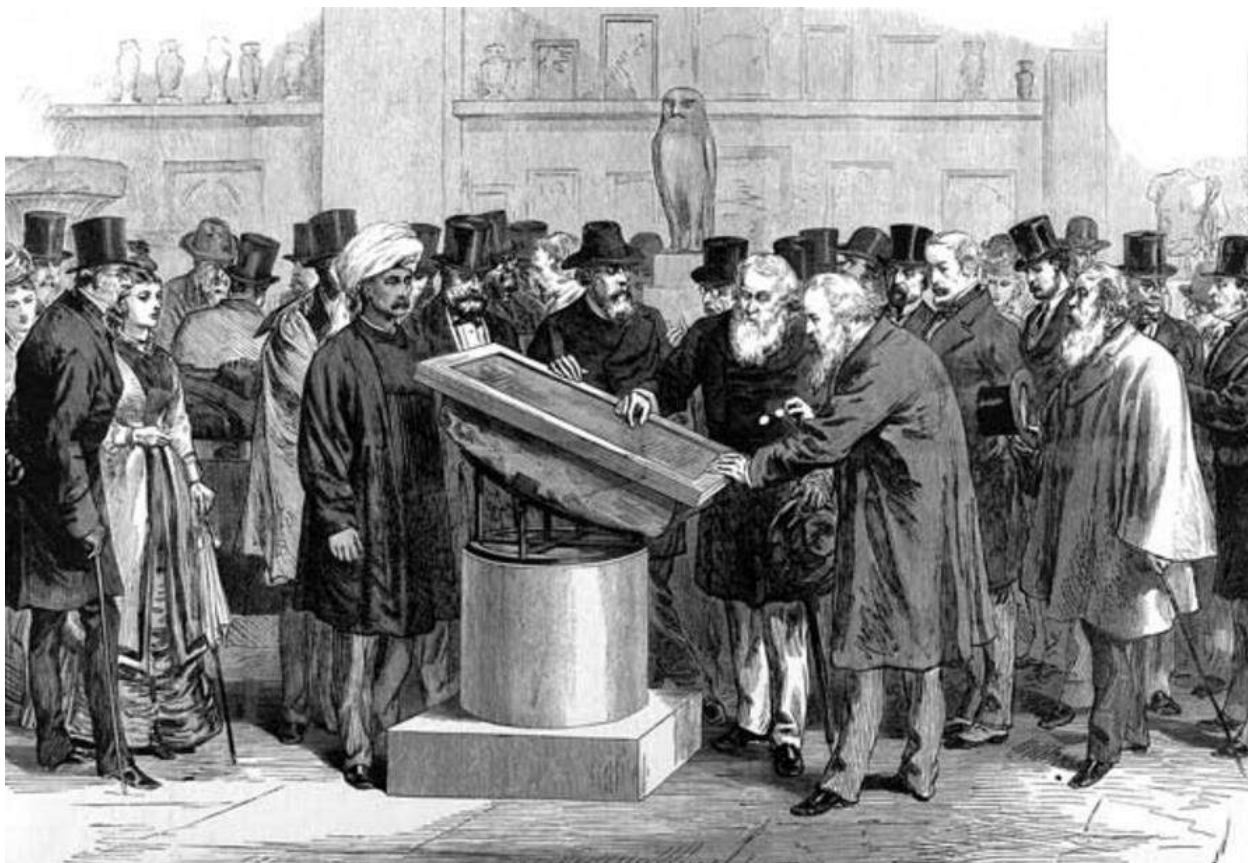


Imagen: Este grabado muestra a varios expertos inspeccionando la Piedra de Rosetta durante el Segundo Congreso Internacional de Orientalistas, en 1874.

En 1801 los ingleses derrotaron a los franceses en Egipto y se llevaron la "Piedra Rosetta" con ellos a Londres como botín de guerra. Por este motivo, actualmente se encuentra en el Museo Británico, donde es la pieza más visitada de toda su impresionante colección, por encima incluso de los famosos "Mármoles del Partenón". Pero curiosamente, sería un francés, quien acabaría desvelando todos sus secretos: Jean-François Champollion (1790-1832).

JEAN-FRANÇOIS CHAMPOLLION

Jean-François Champollion es considerado, y no por pocos motivos, el padre de la Egiptología moderna. Nacido en plena Revolución Francesa, en 1790, nada parecía indicar que estuviera llamado a convertirse en uno de los grandes nombres de su siglo.



Imagen: Retrato de Jean-François Champollion. Léon Cogniet. 1831. Museo del Louvre.

Primeros años

Hijo de un librero que se establecería en Figeac, una pequeña población cercana a Grenoble, Champollion fue el pequeño de siete hermanos. No se escolarizó hasta los siete años, ya que durante su niñez las escuelas, casi todas en manos de órdenes religiosas, habían sido cerradas. Gran parte de su educación durante este período recayó en su hermano Jacques-Joseph, doce años mayor que él. Durante toda su vida Jacques-Joseph sería su gran apoyo y aliado.

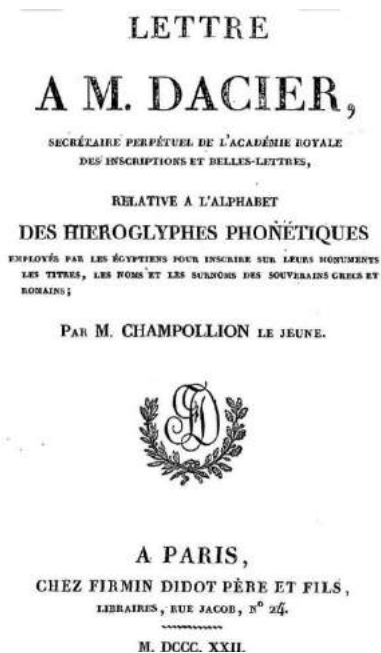
Desde pequeño demostró un gran don para los idiomas, llegando a dominar el griego y el latín antes de los quince años. Se dedicará desde muy joven a los estudios lingüísticos y orientales en el instituto de Grenoble y, posteriormente, en París, en el *Collège de France* y en el *École Pratique des Langues Orientales*. Su profundo conocimiento de numerosas lenguas (hablaba con fluidez una decena de ellas) y, sobre todo, del copto, le ayudará en el estudio y descubrimiento del secreto de la escritura jeroglífica.

Trabajando con la Piedra Rosetta

Con tan solo 19 años, Jean-François Champollion es nombrado profesor de la Universidad de Grenoble. Durante los catorce años siguientes se dedicará a intentar descifrar la escritura jeroglífica a partir de la Piedra Rosetta, algo en lo que estaban trabajando numerosos eruditos europeos.

Para lograrlo, Champollion se basó en tres intuiciones geniales. La primera, el convencimiento de que el copto es el último estadio de la lengua egipcia y que para lograr entender el jeroglífico era necesario dominar esta lengua. La segunda, la idea de que los jeroglíficos tienen un componente mixto ideográfico y fonético. Por último, que los jeroglíficos contenidos en cartuchos son transcripciones fonéticas del nombre de los faraones.

Esta última idea resultará fundamental para la evolución de su trabajo. Si consideramos que a cada signo alfabético le corresponde un fonema y conociendo por el texto griego de la Piedra que el faraón al que se refería era Ptolomeo, consigue leer los signos que transcribían el nombre Ptolomys. Posteriormente, en 1821, mientras analiza el texto bilingüe (griego y jeroglífico) de un obelisco recuperado por Belzoni en la isla de Filas y que se ha trasladado a Gran Bretaña, consigue leer el nombre de Cleopatra y obtiene de este modo el valor alfabético de doce signos jeroglíficos. Cuando extiende el método a otros cartuchos, Champollion logra obtener el valor de otros signos. Cuando finalmente recibe textos hasta mil quinientos años anteriores a la Piedra Rosetta con nombres reales inscritos, Jean-François se da cuenta de que por fin ha logrado descifrar el lenguaje de los faraones. Emocionado con el descubrimiento, correrá al despacho de su hermano Jacques-Joseph con el grito de *Je tiens l'affaire!* (¡Lo tengo!). Era el 14 de septiembre de 1822.



Carta para M. Dacier relativa al alfabeto fonético jeroglífico utilizado por los egipcios. 1822.

Tan solo trece días después, Champollion presentará descubrimiento ante la Academia de Inscripciones de París por medio de una carta, la célebre *Carta para M. Dacier relativa al alfabeto fonético jeroglífico utilizado por los egipcios*. Las críticas y los ataques no se harían esperar. El británico Thomas Young le acusó de haber robado sus ideas ya que, al parecer, también estaba trabajando con una hipótesis parecida. Otros colegas simplemente no le creyeron y le acusaron abiertamente de mentir. Lejos de achantarse, en 1824 publicó *Précis du système hiéroglyphique des anciens Égyptiens* (Resumen del sistema jeroglífico de los antiguos egipcios) donde detallaba el complicado funcionamiento de los jeroglíficos a partir de sus investigaciones.

Museo del Louvre y viaje a Egipto

A pesar de las feroces críticas de sus propios colegas y compatriotas, Champollion vio recompensado su esfuerzo cuando se le concedió el puesto de conservador de la colección egipcia del Museo del Louvre. Solo alguien que ha dedicado años de dedicación al estudio del antiguo Egipto podía volcarse con todo su entusiasmo en el estudio y conservación de una de las colecciones más importantes del mundo. Sin embargo, además de preparar exposiciones, mejorar notablemente el discurso expositivo del museo y continuar con su labor de investigación, parte de su tiempo también debía dedicarse a defenderse de los ataques de sus colegas que no le consideraban digno del trabajo que realizaba.

En 1928, Champollion tuvo ocasión de realizar el mayor sueño de su vida: viajar a Egipto. Lo hizo como miembro de una expedición arqueológica franco-toscana. Allí pasaría 18 meses durante los que viajaría por todo Egipto desarrollando el trabajo de campo propio de un arqueólogo. Las cartas a su hermano Jacques-Joseph nos habla de su radiante felicidad al ir descubriendo los templos, ciudades y paisajes con los que ha soñado desde niño. Pero también de las duras condiciones ambientales y del deterioro de su salud. Regresa a Francia para escribir su obra más ambiciosa: *Grammaire égyptienne* (Gramática egipcia), pero ya entonces se encuentra muy enfermo. En 1831 es nombrado profesor de Arqueología en el College de Francia. Desafortunadamente, morirá tan solo un año después, el 4 de marzo de 1832 de un ataque al corazón. Tenía 41 años.

Será su hermano Jacques-Joseph, quien finalizará y editará su Gramática Egipcia, uno de los mejores tratados jamás escritos sobre la escritura jeroglífica y, sin duda, el más completo y complejo de su época.

El inmenso avance que supuso el trabajo de Champollion posibilitó un desarrollo sin igual en el mundo de la Egiptología. Gracias a él textos que habían permanecido durante miles de años en la más absoluta oscuridad arrojaron luz sobre la historia de una de las civilizaciones más fascinantes que han habitado el planeta.

CONCLUSIÓN

Durante más de cuatro mil años la tierra del Nilo vio florecer una cultura única cuya originalidad aún nos sigue fascinando. Además de sus templos, pirámides y necrópolis los habitantes de Kemet nos legaron un sistema de escritura casi tan antiguo como sus propios orígenes e igualmente bello y complejo.

Aunque se utilizaron durante más de cuatro mil años, fueron suficientes unas cuantas décadas para que cayeran en el olvido. Pero más de mil años después el ser humano recuperó la pasión por desentrañar el verdadero significado de esos extraños símbolos y el mensaje que nos pretendían transmitir sus creadores.

Ahora sabemos que sus textos nos hablan de las grandes hazañas de los faraones y del poder de los dioses a los que adoraron durante milenios. Nos contaron las vicisitudes de los primeros héroes literarios y nos han permitido conocer el amor profundo de unos amantes o la veneración del faraón más poderoso de la historia por su amada esposa.

Pero sobre todo, los jeroglíficos nos han desvelado el profundo entusiasmo por la belleza de la vida de un pueblo que basó su identidad en la perpetua búsqueda de la eternidad.

BIBLIOGRAFÍA

- *Egyptian Language: Easy Lessons in Egyptian Hieroglyphics*, E.A. Wallis Budge
- *The Rosetta Stone: And the Rebirth of Ancient Egypt*, John Ray
- *How to Read Egyptian Hieroglyphs - A Step-By-Step Guide*, Mark Collier
- *The Complete Temples of Ancient Egypt*, Richard H. Wilkinson
- *Magic in Ancient Egypt*, Geraldin Pinch

Para más información y profundidad en la materia, el lector puede dirigirse a la web de la autora:

www.anatrigo.com